

giéndole que diese una orden al jefe de la pequeña escuadra para que se retirase.

Garay y Barbadillo celebraron aquella ocasión que les deparaba la fortuna para ponerse en comunicación con sus compañeros, y aprovechándose de la ignorancia de los de Pánuco respecto á la escritura, en vez de la orden que se les exigía, enviaron una carta confidencial á sus amigos, diciéndoles que se alejasen algo de la costa, que hiciesen una falsa evolucion, que ellos eran objeto de las mayores consideraciones por parte del cacique, que le inspiaban confianza, y que por lo tanto creian fácil encontrar el medio de poder evadirse en dias no lejanos.

Los emisarios llevaron á Nazatcotlan el pliego que le entregó Francisco de Garay, y el cacique á su vez lo mandó al jefe de la pequeña escuadra de los españoles.

La alegría de los de Pánuco no tuvo límites al ver que los extranjeros se alejaban de su territorio.

La tranquilidad volvió á renacer en todos los corazones, y Nazatcotlan aumentó su aprecio hácia sus prisioneros por la prontitud y la eficacia con que se habian aprestado á obedecer sus órdenes.

Una circunstancia, al parecer insignificante, hizo creer á los cautivos que el dia de su evasion habia llegado.

## CAPITULO LVI.

### Esperanzas frustradas.



ONSERVABA Francisco de Garay en su poder un precioso relicario, que al despedirse le habia dado su mujer.

Tenia en el centro una preciosa imagen de la Concepcion, y se hallaba adornado todo alrededor de perlas y otras piedras preciosas artistica y felizmente combinadas.

Más de una vez habia llamado la atencion del encargado de llevar la comida á los presos tan preciosa joya, en nada parecida á todas las que hasta entónces habia visto, y los españoles formularon un proyecto, que indudablemente les proporcionaria los medios de evadirse.

No habia un solo dia que Francisco de Garay no exhibiese ante los codiciosos ojos del indio la imagen de la Inmaculada.

El indígena decia que daria todos los tesoros del mundo por poseerla, y Barbadillo, aprovechándose del deseo manifestado por el indio, comenzó á poner en práctica el plan que habia concebido.

—¡Nada más fácil para tí, le dijo, que poseer esa joya; pero su valor es tanto, que seria preciso te hicieses digno por tu comportamiento á que te la regalásemos.

—Haria cuanto me ordenaseis para obtenerla.

Barbadillo, que no se paraba en escrúpulos en la situacion crítica en que se encontraban, añadió:

—Has de tener en cuenta que el que posee ese talisman es



inmortal, y por lo tanto, puedes suponer el aprecio en que tenemos su posesion.

El indio codició más y más desde entónces el precioso relicario.

—No nos desprenderíamos nunca de tan precioso objeto, si no contáramos con la facilidad de poder reemplazarle; pero para esto necesitamos tu ayuda.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del calabocero.

—¿Y qué tengo que hacer para eso? preguntó.

—Una cosa muy sencilla. Busca una canoa, amárrala á la orilla, y cuando hayas verificado esto, vienes á la prision, nos facilitas la salida, te damos la joya, vamos á reunirnos con nuestros compañeros, que tienen muchas y más vistosas que esa, recogemos unas cuantas, y nos volvemos aquí ántes de amanecer para que no se note nuestra ausencia y sufras por nuestra causa.

Vaciló un instante el indio ante la proposicion de Barbadillo.

Su avaricia le aconsejaba que adquiriese aquella joya.

Despues de sostener esta lucha, dando oidos á sus deseos:

—Mañana por la noche estará todo preparado, dijo.

Un instante despues abandonó el calabozo, y los prisioneros se entregaron á las más dulces esperanzas.

Aquella noche la pasaron en hacer mil proyectos sobre su porvenir, y comprendiendo Barbadillo que Francisco de Garay podría ayudar en sus propósitos á Catalina, por la que se interesaba vivamente don Lope, refirió al capitan español los pormenores de su historia, y el bizarro caudillo le ofreció dispensarle toda su proteccion.

Veia Francisco de Garay en Catalina un poderoso auxiliar para apartar á Cortés de la conquista de México, y desde aquel instante empezó á buscar en su imaginacion los medios de de-

bilitar al ilustre conquistador, aunque sin hacerle ostensiblemente la guerra.

Catalina le refirió detalladamente los muchos sufrimientos que habia tenido en casa de los padres de su esposo, las causas que le habian obligado á abandonarla, sus padecimientos por la muerte de su hijo, no ocultándole lo herido que se hallaba su amor propio como esposa y como mujer, porque sabia que Hernan Cortés, olvidándose de sus juramentos, de la fidelidad que le debia, sostenia relaciones con otra mujer y se hallaba completamente subyugado por ella.

—Si yo lograrse llegar hasta donde se halla, sorprenderle al lado de esa mujer que le ha fascinado y clavar un puñal en su pecho, no me importaria morir despues. ¿Qué es la vida para una pobre mujer que se ve abandonada de su esposo por una aventurera; qué es la vida para una infeliz madre que ha visto espirar en sus brazos, extenuado por el hambre, al fruto de su amor?

Garay y Barbadillo procararon consolar á la infortunada Catalina, y el resto del dia le pasaron impacientes, deseando llegase la noche, que representaba para ellos el momento de romper sus cadenas.

La hora en que acostumbraba á ir todas las noches el carcelero habia llegado, y sin embargo, no se presentaba éste.

La angustia de los prisioneros era indecible.

¿Habria comunicado sus proyectos á Nazatcotlan, y meditaria éste vengarse de su audacia, condenándoles á morir de hambre?

¿Se habria arrepentido el carcelero de lo ofrecido, y temeria presentarse por miedo de arrostrar las consecuencias de su ira?

¿Algun incidente imprevisto habria hecho fracasar los preparativos que se habia comprometido á hacer el codicioso indio?

Estos temores, estas zozobras, estas dudas mortificaban á los prisioneros, que casi desesperaban ya de conseguir lo que momentos ántes creian seguro.



El resplandor de la luz que ilumino débilmente la estancia les hizo adivinar que se aproximaba alguno á su prision.

La duda y la esperanza agitaban su pecho.

¿Seria Nazatcotlan, que sabedor de sus designios, venia á notificarles que habia llegado su última hora, y que iban á ser trasladados al teocali para ser sacrificados en aras de los dioses?

Por el contrario, ¿seria su salvador, que acudia á proporcionarles la libertad y á exigir en cambio el premio prometido?

La puerta se abrió, y un nuevo carcelero entró con las provisiones de costumbre.

Un grito de dolor, porque representaba una ilusion perdida, salió de los lábios de los tres prisioneros.

Dominándose Barbadillo:

—¿Y vuestro compañero, le dijo, cómo no viene esta noche segun costumbre?

—Percances de la vida, dijo su interlocutor Andaba pasenado hace poco por los alrededores del palacio, la noche estaba oscura, y uno de los centinelas, al ver un bulto que se aproximaba á él, creyendo que seria algun espía de los españoles, le disparó un flechazo que le atravesó el corazon. Nazatcotlan, al saber el suceso, me ordenó que le relevase, y esta es la causa de que yo me encuentre aquí en estos momentos.

Y así diciendo, salió de la habitación, dejando á los prisioneros abandonados á su dolor.

## CAPITULO LVII.

### Una sorpresa agradable.



RES dias habian trascurrido desde los sucesos que acabamos de referir á nuestros lectores, y los prisioneros de Nazatcotlan se hallaban sumidos en la mayor desesperacion, porque veian lo imposible de poner término á sus sufrimientos.

Catalina especialmente exclamaba:

—No me importa morir. Lo que siento es no poder cumplir la mision que me habia traído á estas lejanas tierras.

Francisco de Garay trataba de tranquilizarla, porque como ya hemos dicho, veian en la esposa de Cortés un poderoso auxiliar para sus ambiciosos proyectos.

Barbadillo á pesar de su serenidad proverbial, empezaba á decaer su espíritu, y todo hacia creer que si aquella situacion se prolongaba no todos podrian arrostrarla.

Cuando más abatidos estaban, cuando empezaban á acariciar la idea de poner término á tantos sufrimientos por medio del suicidio, oyeron golpes en uno de los muros que formaban su prision, y al aproximarse al punto que producía aquel ruido, vieron con sorpresa que se desprendía una enorme piedra, y que por la abertura que se formó penetraba una india, que radiante de hermosura y embellecida por el cansancio, al hallarse en su presencia les dijo:

—Nada temais; he oído todo lo que habeis hablado, y vengo á salvaros.



Quedáronse asombrados contemplándola, y la india, repuesta algun tanto de su cansancio, añadió:

—He jurado vengarme de Nazatcotlan, y arrostrando mil peligros he llegado hasta aquí con el propósito de proporcionar vuestra evasion, exigiéndoos en cambio que me ayudeis á realizar mi empresa.

—¿Quién sois? preguntaron los prisioneros, bendiciendo á la Providencia, que tan oportunamente les enviaba á la bella india.

—Soy Litzajaya, la esposa del soberano de Pánuco, la mujer que imperaba en este país, la que era acatada y respetada por todos, y que hoy vive triste, errante, con el corazón desgarrado por la infamia de que ha sido víctima, por el perjuicio de uno de vuestros compañeros.

Y al pronunciar estas palabras centelleaban los ojos de Litzajaya, sus manos se crispaban, y una mortal palidez cubria su frente.

—Sí, prosiguió la india despues de una breve pausa; yo amaba á Velazquez de Leon, y habia oido de sus labios la confesion de que correspondia á mi amor; yo acariciaba la idea de ser su esposa, y ante este deseo que me embriagaba, ante esta ilusion que trastornaba mi mente, aconsejada por la pasion que despertó en mi alma la gallardía, la apostura, la mirada de fuego de ese infame, lo sacrificué todo: patria, honor, religion, y ¡qué más! hasta sacrificué á su cariño la vida de Naothael, mi esposo.

Al oír aquella confesion, no pudieron ménos de estremecerse los españoles.

La vehemencia con que hablaba Litzajaya, el acento de su voz, la palidez que cubria su rostro, todo indicaba en ella que era presa de una febril agitacion.

Un silencio sepulcral reinaba en aquella estancia.

El asombro y el espanto se pintaba en todos los semblantes.

La india continuó:

—Yo confiaba en las mentidas palabras de Velazquez de

Leon, y habiamos formado el proyecto de que cuando muriese mi esposo Naothael y me aclamasen por soberana de Pánuco, él se enlazaria conmigo.

—Para que él no tuviese que adjuar de su religion, yo le ofrecí abrazar la suya.

En el momento en que mi esposo dejaba de existir, cuando más necesaria me era la presencia de mi amante, sin que yo sepa la causa me abandonó.

Los dioses, irritados contra mí, para castigar mi perjuicio, despertaron en Nazatcotlan la idea de proclamarse rey de Pánuco.

Los teopixques, indignados por mi conducta, sublevaron al pueblo en contra mia, y la que podia haber sido reina y señora de Pánuco, y compañera feliz y cariñosa de Velazquez, vió un dia asaltado su palacio por las tropas de Nazatcotlan, muertos á aquellos de sus servidores, que aun le eran adictos, se oyó maldecir por los que sucumbian, y un momento despues, ex-crada, envilecida, insultada por los que momentos ántes acataban hasta sus menores caprichos, fué conducida al teocali para ser sacrificada en aras de los dioses.

—¿Y cómo pudisteis librarte del sacrificio? preguntó Francisco de Garay.

—Uno de los teopixques se interesó en mi favor, y proporcionándome una de su vestiduras, me facilitó el medio de evadirme.

—Pero ¿cómo habeis llegado hasta aquí? preguntó á su vez Catalina.

—Hace diez años, prosiguió Litzajaya, vivia en este palacio un anciano venerable, llamado Ulbatthionek. Se hallaba prostrado en el lecho, y me mandó llamar.

Me presenté, y apenas me hallé en su presencia, me indicó que necesitaba hablarme á solas.

Hice señal á uno de los servidores que me acompañaban para



que se retirase á la estancia inmediata, y quedé á solas con el anciano.

Debo advertiros que desde mis primeros años me dediqué al estudio de las plantas, y que conozco las virtudes medicinales de todas las yerbas.

Después de cerciorarse el anciano de que estábamos solos, y antes de que yo tuviese tiempo de preguntarle qué me quería, con misterioso acento:

—«Litzajaya, me dijo, te he mandado venir, no solo porque necesito los auxilios de tu ciencia, que ya sé que es mucha, sino porque tú puedes prestarme un gran servicio, que hará tu fortuna y me evitará al mismo tiempo los remordimientos que amargarían los últimos días de mi existencia si llegase á sucumbir.

—«Hablad, le dije.

—«Tú sabes que de mi matrimonio con Ibarica no he tenido sucesión.

«Hace un año paseaba yo por el bosque inmediato á la caída de la tarde, cuando de repente hirió mi oído un grito desgarrador.

«Acudí con presteza al punto de donde partía, y vi á una pobre mujer que huía despavorida de un enorme jaguar que ya iba á darle alcance.

«Sin reflexionar el peligro que corría, descargué mi maza sobre la cabeza de la fiera, que bañándose en sangre y lanzando horribles gemidos, cayó en tierra.

«Le aseté dos ó tres golpes más, y cuando me convencí de que estaba muerto, corrí á prestar auxilio á aquella desventurada.

«La infeliz estaba desmayada, y en su paroxismo se pintaba aún el terror de que se hallaba poseída.

«Hice que aspirase unas hojas de zalihuaco, y un momento después recobró el sentido.

«Cuando volvió en sí me halló á su lado contemplándola con avidez, porque era hermosísima.

«Sonrió melancólicamente al verme, y vertiendo abundantes lágrimas:

—«¿Por qué me habeis salvado la vida! exclamó con tristeza.

«Esta exclamación indicaba que le era odiosa la vida, y deseando saber la causa de su desesperación le supliqué desahogase sus penas.

«¡Oh! ¡Aun parece que la estoy viendo!

«Bajando sus hermosos ojos, que velaban negras y rizadas pestañas, agitándose convulsivamente su seno, con una pena que aumentaba su hermosura:

—«No me compadezcáis, dijo, porque harlo merezco las desventuras que sobre mí pesan.

«Yo vivía feliz al lado de mis padres, cuando un día se fijaron mis ojos en los de un indio, que por su gallarda figura, por su mirada de fuego, me impresionó vivamente.

«El debió notar mi turbación, y aprovechándose de ella se acercó á mí y me dijo:

—«Antholaimba, hace tiempo que en silencio aguardaba la ocasión de hallarte á solas.

«Tu padre y tus hermanos han acudido al vecino pueblo, llamados por su cacique.

«Nuestra desigualdad de clases hacen imposible nuestra unión.

«Yo te amo más que á mi vida, y si no me sigues, si no abandonas tu casa en este instante, yo mismo me daré la muerte; y cuando vuelva tu familia encontrará dos cadáveres, porque antes te mataré á tí si desoyes mis súplicas, si no hallan eco en tu corazón mis palabras.

«Había tal decisión, tal energía, tan amoroso arrebató en el acento de aquel jóven, que no me atreví á contestar.

«Sin darme tiempo á que me repusiera de mi asombro, me



cogió en sus brazos y desapareció, internándose en el bosque.

«La noche la pasamos allí.

«Mi amante compañero se separó de mí esta mañana para ver si cazaba algo con que aplacar el hambre que sentíamos, y al notar yo su tardanza, salí á ver si le descubría.

«Allí, añadió Antholaimba, yace el cadáver del que me habia jurado eterna fe.

«El tigre que habeis muerto habia acabado con su vida.

«Enternecido por el relato de la india, la conduje á mi casa, en la que penetró por un subterráneo que comunica con ella.

«Este subterráneo tiene entrada por un huerto que rodea esta casa.

«A mano izquierda, frente á un estanque, verás unos asientos de junco cubiertos de palma.

«El primero es giratorio y da entrada al subterráneo.

«Siguiendo á la derecha, encontrarás una puerta, la empujas, y te hallarás en presencia de mi amada.

«Dile que se acerca mi última hora, enséñale este anillo, y entónces ella confiará en tí y te obedecerá en todo y por todo.

—Yo escuchaba asombrada, prosiguió Litzajaya; no sabia qué contestar á lo que me decia el anciano.

Conocia que sus fuerzas se agotaban, y haciéndome señas para que le alargase un búcaro que tenia al lado del lecho, bebió su contenido y prosiguió:

—Te he dicho ántes que podrias hacer tu fortuna, y vas á ver que no te he engañado.

«En la pieza que habita Antholaimba hay enterradas cuantiosas riquezas.

«Repártelas por mitad con ella, y tú proporcióna á mi amada y á su hijo, porque has de saber que es madre, el medio de vivir fuera de aquí.

«Ahora puedes bajar por la escalera que hallarás en el ángulo izquierdo de esta habitacion, y al final de ella encontrarás

una puerta lóbrega, triste, y en uno de sus muros notarás una pequeña hendidura, perceptible solo al tacto.

«Empuja con violencia, y te encontrarás en el sitio que te he dicho ántes comunica con la huerta.»

Salí inmediatamente á cumplir las órdenes del anciano, y dos dias despues supe habia dejado de existir.

De Antholaimba y su hijo no he vuelto á saber.

Así, pues, nada más fácil que vuestra evasion.

Aprovechad los momentos, que la ocasion es propicia, y yo solo os exijo en cambio del inmenso beneficio que os dispenso, que me lleveis en vuestra compañía, me presenteis á vuestros compañeros, me proporcioneis un disfraz de soldado, y me conduzeis al paraje donde se halle Velazquez de Leon, causa de todas mis desventuras. Yo os ofrezco solamente no hacer os jamas traicion, y despues de hacer ver á ese hombre despiadado lo inicuo de su conducta, yo volveré á Pánuco, donde aún tengo leales servidores, aunque pocos; pero con los tesoros que guardo en el bosque inmediato lograré á mi regreso levantar un ejército que defienda los derechos que me asisten á la corona que tan villanamente me ha arrebatado Nazatecotlan.

Despertóse la ambicion en el corazon de Garay al saber que Litzajaya poseia un tesoro, y por un momento cruzó por su mente la idea de arrebatárselo.

Pero su conciencia le hizo ver todo lo horrible de su pensamiento, debiendo como debia su libertad á la apasionada india.

Catalina simpatizó desde luego con su salvadora, porque las dos eran víctimas del perjuicio del objeto de su amor, y aquella misma noche los españoles, acompañados de Litzajaya, fueron á reunirse con los compañeros de Garay, que demostraron el más vivo agradecimiento á la india por haber salvado á sus hermanos de la prision en que yacian.

Un momento despues se daban á la vela con direccion á Zempoala.